

—Es justicia, créalo usted... Pero ¿y si es que salte en la conversación no da motivos?

—Aquí todos le dan, poco ó mucho, en diferentes sentidos.

—¿Hasta el pobre boticario?

—Ese es hombre aparte, no solamente en Villavieja, sino en todo el mundo sublunar.

—En fin, allá usted, que yo lavo mis manos...

—Pero no le disgusta el tema...

—Hombre, yo no he dicho...

—Las cosas claras, don Alejandro...

—¡Canástoles! pues ¿qué más claras las he de poner?... Venga de eso, ó de lo que mejor le cuadre... y á ver qué le parecen estas regalías para fumigar la conversación.

—La vitola es de primera.

—Pues á prender fuego á ese ejemplar... Ahí va la cerilla.

—Gracias, señor don Alejandro.

—Aguarde usted un poco. ¿No le sabría mejor el tabaco mojando la punta en ron, pongo por caso, ó en coñac?

—Es posible, ó en un chapurradito de los dos. No había dado yo en ello, ¡vea usted!

—¿Sabe usted si lo hay en casa?

—Respondo de que vino á ella un buen surtido de esa clase de menesteres.

—¡Catana! ¡Catana!... ¡El ron y el coñac... y unas copitas con ello!



## VII

## VISITAS

Lo anunciado á este propósito por don Claudio Fuertes y León en casa de don Alejandro Bermúdez, se cumplió casi al pie de la letra. Á las once de la mañana, precisamente en el instante en que esa hora sonaba en la torre de la Colegiata, se sentaban en el estrado de Peleches Rufita González y su madre, las «parientas» de la casa, con todos los útiles de visitar encima: guantes, abanico, sombrilla y tarjetero, y los trapos mejores del baúl.

—Nosotras—decía Rufita después de los acostumbrados saludos, porque es de saberse que su madre apenas desplegaba los labios sino para sonreir continuamente y decir á todo «justo»—teníamos noticias exactas de su venida á Peleches este verano, no solamente por don Claudio que tanto nos distingue porque

nos aprecia muchísimo, sino por la misma tía Lucrecia que nos lo escribió por el último correo, al darnos parte de que vendría también mi primo carnal, Nachito, á conocernos á todos sus parientes... vamos, á ustedes y á nosotras, ya que no podía venir ella por haber engordado una barbaridad, ni tampoco el tío Cesáreo, que tiene que estar siempre á su lado, porque no se puede valer de por sí sola, de puro gorda que está... Por supuesto que de esta venida del primo, muy corrida por aquí, y de saberse también que se ha carteaado conmigo... ¡uff! han sacado los murmuradores horror de cosas: que si hay planes arreglados, ¡vea usted!; que si debe vivir con nosotras, porque es hijo de un hermano de mi madre; que si vivirá en Peleches, aunque es sobrino de ustedes *sola-mente* por parte de la suya; que si, por sus caudales atroces, estaría mejor arriba que abajo, por otros particulares que conoce bien la pobre tía Lucrecia y no habrá olvidado tampoco el tío Cesáreo, más propio y hasta más decente sería vivir abajo que arriba... Vamos, lo de siempre que la murmuración mete la pata en negocios ajenos... Pero nosotras, gracias á Dios... ¡y á buena parte vienen á hacer leña!... ¿eh, mamá?... nosotras bien conocemos que para alojar á una persona de la importancia de Nachito, no somos todo lo... vamos, todo lo

principales y ricas que se requiere, por más que en educación y en sentimientos no tengamos que envidiar á las señoras más encumbra- das; y por lo mismo que conocemos esto, no nos chocaría que mi primo se encontrara más á gusto en Peleches... ¡Ah! pues deje usted, que no falta quien dice que viene á casarse con usted, Nieves... usted sabrá si es cierto, ¡ja, ja, ja! Verdaderamente que no tendría nada de particular que así resultara después de conocerla á usted, tan elegante y tan bonita... Ya ve usted, comparada con una pobre villavejana como yo... ¡ja, ja, ja! la elección no podía ser dudosa... ¡ja, ja, ja!... Pues á lo que iba al principio, porque las palabras se enredan, se enredan... Sabiendo nosotras que venían ustedes, nos dijimos (se entiende, mamá y yo): ¿y qué hacemos? La cortesía y el parentesco de familia nos mandan que los visitemos; pero otras razones que tampoco son de olvidar, nos dicen: hay que dormirlo y rumiarlo bien, porque si con el mejor de los deseos que una lleve á esa casa, le dan á una un disgusto gordo por todo pago, ¡zambomba! Conque en esto, consultamos el caso ayer mismo con don Claudio; y, naturalmente, nos aconsejó que viniéramos, respondiendo él de que seríamos bien recibidas... ¡Pues no faltaría más! como nos dijo el señor de Fuertes: «¿qué tienen ustedes

que ver con lo que en otros tiempos hubo ó no hubo entre los de arriba y los de abajo, siendo ya eso puchero de enfermo y ustedes unas señoras en toda regla, que no van á pedir á nadie media peseta para los panecillos del almuerzo?» Conque al saber que ustedes habían llegado anoche, nos dijimos: vamos á saludarlos y á ofrecerles la casa y nuestros respetos, porque arrieros somos... y casi parientes además; y esta mañana nos echamos encima lo primero que tuvimos á mano... Porque nos gusta mucho á mamá y á mí andar decentes, eso sí, pero sencillitas, muy sencillitas, como ustedes pueden ver... lo que no quita que tengamos siempre de reserva alguna cosilla de más lujo, por si acaso truena gordo á lo mejor... Al revés que otras de aquí, que se llevan el cofre entero cada vez que se echan á la calle, ¡uff! Porque ustedes no pueden figurarse la bambolla que hay en Villavieja, y los humos que gastan y el tono que se dan ciertas gentes... Vamos, cuatro zarrapastras, Dios me lo perdone, que estarían mejor barriendo las escaleras ó acarreando sardinas desde el muelle... ¡Ya verán ustedes, ya verán!; sobre todo usted, Nieves, si no trae bien atascados los baúles y no saca un vestido nuevo cada día á la Glorieta ó á los Arcos... ¡ja, ja, ja!; y si le saca, que luego se le copian y la miran de reojo y la despellejan vi-

va. Son atroces, ¡ja, ja, ja!... Que diga mamá si empondero ni tanto así... Porque, hija, ¡nos tienen sacudida cada patada en la boca del estómago!...

Y así durante quince minutos, sin que nadie pudiera meter baza en la conversación. Para Nieves, la garrulidad de Rufita era de una novedad asombrosa: estaba como fascinada escuchándola; pero más fascinada todavía viendo la multitud de cosas que movía á un tiempo: la lengua, la cabeza, los ojos, el abanico, la sombrilla, los pies y las asentaderas. En cambio, su madre apenas movía cosa alguna más que los labios para sonreír, el abanico muy poco á poco, y la lengua para decir de tarde en tarde: «justo». Don Alejandro estaba poco menos suspenso que su hija delante de aquel espectáculo; pero no tan tranquilo como ella, porque le tenía en ascuas el temor á ciertas y determinadas alusiones de Rufita González.

Cerca ya del mediodía se levantaron las dos; y eso porque se oyeron rumores de nuevos visitantes que entraban en el pasillo.

—Sobre el particular del primo Nacho—dijo Rufita despidiéndose,—repetimos á ustedes que, por nuestra parte, no habrá camorra ni cosa que se le parezca. Si él quiere quedarse en Peleches, que se quede; si quiere venirse con nosotros, que se venga. No estará tan bien alojado

como aquí, ni tendrá tan guapa mesonera, ¡ja, ja, ja!; pero le daremos cariño largo y lo mejor de lo de casa, y... algo es algo, ¡ja, ja, ja! De todos modos, no es puñalada de pícaro todavía, y pueden ustedes ir formando su composición de lugar para cuando volvamos á vernos. Porque hemos de volver á vernos, ¿no es verdad? Por lo pronto, cuando nos paguen ustedes la visita... y muchísimas veces más, como es natural entre personas de familia. ¿No es verdad, don Alejandro? ¡Ja, ja, ja! Adiós, Nieves. (*Un par de besos.*) Toda de usted, señor don Alejandro... Despidete, mamá, y vámonos. (*Se despide la mamá como puede, y salen las dos.*)

Á la puerta del estrado se cruzaron con las Escribanas que entraban, muy arrebatadas de calor y un tanto airadas dessemblante. Antes de salir de casa se habían picado las chicas por diferencias de opinión sobre lo que debían de ponerse para hacer aquella visita. Al fin se vistió cada una de ellas como mejor le pareció; pero todo el camino fueron tiroteándose á media voz unas á otras. Aún duraba la resaca cuando se cruzaron con las parientas de «los de Peleches» á la puerta misma del salón. Por eso y por la mala ley que las tenían, más que de saludo fueron de mordisco las palabras y los gestos con que las pagaron sus muestras de cortesía.

Se sentaron todas después de muchos remil-

gos de exagerada etiqueta, y la Escribana madre fué quien habló la primera. Se habían creído obligadas á dar la bienvenida y ofrecer sus respetos á los señores de Peleches, no solamente por la posición que ocupaban ellas en la sociedad de Villavieja, «aunque humilde, de alguna importancia», sino por lo íntimo de las relaciones que siempre hubo entre su difunto marido y la casa de Bermúdez. (Puro embuste.) Por otra parte, había entre las personas «propiamente decentes» de allí, verdadera necesidad de cultivar un poco el trato de las gentes bien nacidas y de buena educación, porque «ustedes no saben cómo se va poniendo esto de día en día... ¡atroz! ¡les digo á ustedes que atroz!» Y no estaba la culpa precisamente en el empeño de las de abajo en subirse muy arriba, sino en algunas que por haberse tenido siempre por de lo más cogolludo, no podían sufrir que otras tan buenas como ellas, por donde quiera que se miraran, se pusieran á su lado; y no pudiendo asombrarlas ni siquiera deslucirlas en tanto así... ni competir con ellas, si bien se miraba, en dinero, ni en elegancia, ni en educación, se dejaban pudrir entre cuatro paredones viejos, ó andaban al revés de todo el mundo. Y claro estaba: los sitios que dejaban desocupados ellas «en la buena sociedad», los iban ocupando «otras atrevidas del zurriburri»; se hacía de ese

modo «una mezcolanza atroz», y luego, las gentes que no entendían mucho de estas cosas, á todas las medían por un mismo rasero. Quería la Escribana madre que Nieves lo tuviera todo muy en cuenta para que no se dejara engañar por «la pinta» y supiera «á quién se arriaba». Éste era un favor que ella quería hacerla con el buen deseo de evitarla muchos disgustos... Por de pronto, no citaba nombres; pero lo citaría si Nieves lo creyera necesario...

La mayor de las hijas, pensando que caería bien allí un escrupulillo forzado, una atenuación irónica á lo dicho por la madre, apuntó cuatro palabras en este sentido; pero en seguida se las tachó con otra ironía la escribanilla segunda; replicó la primera con una pulla á su hermana; intervino la menor con una zumbita mortificante para las otras dos, y volvieron á salirles á las tres los rosetones encarnados en las mejillas, á temblarles la voz y los labios, y en las manos los abanicos, que crujían y se despedazaban entre los dedos convulsos... La Escribana madre, bien conocedora de aquellos síntomas, para conjurar la tempestad, más ó menos sorda, que barruntaba, reía á carcajada seca los dichos de sus hijas, queriendo que los tomaran por chistes Nieves y don Alejandro, que se miraban atónitos delante de aquella singular escena.

Por fortuna para todos, entró don Ventura Gálvez, el párroco de Villavieja, hombre de pocas teologías, pero de mucha moral, risueño, sencillote y bondadoso como él solo. Era ya viejo, aunque bien conservado, y el único resto de lo que fué Cabildo de la Colegiata de Villavieja antes del Concordato que los suprimió. Quedóse allí como coadjutor de la nueva parroquia, y á los pocos años ascendió á párroco. Le estimaba mucho don Alejandro, y le dió un abrazo apretadísimo. Tuteaba á las Escribanas, porque eran hijas suyas de confesión y pertenecían además á una de las congregaciones que dirigía él, y les dijo algunas cuchufletas en cuanto las vió allí muy emperejiladas. Con esto se conjuró la tormenta que amagaba estallar. Llevando don Alejandro la conversación al terreno de don Ventura, habló éste del estado en que se hallaba la Colegiata: bastante bueno. Según los inteligentes, porque él no lo era, el templo, sin ser un monumento de gran importancia, valía la pena de ser atendido, aun sin considerarle, como le consideraba él ante todo, como casa de Dios. Era relativamente moderno, de estilo greco-romano, bien lo sabía el señor Bermúdez; y aunque no rico por su ornamentación, de cierta grandiosidad aparente... Para Villavieja, como la Catedral de Toledo. Los dos coadjutores (que ya vendrían á ver á don

Alejandro, quizá en aquel mismo día) le ayudaban con celo y hasta con entusiasmo, y resultaban de ese modo bastante esmeradas y solemnes las funciones del culto. Para el vecindario que tenía Villavieja, en rigor, en rigor, se necesitaba mayor personal que el que tenía la parroquia; pero habida cuenta de los tiempos que corrían, no se estaba mal del todo.

Gracias á los buenos sentimientos de los villavejanos, en el templo no se carecía de nada de lo principal... con excepción del órgano, que á lo mejor no sonaba, de puro viejo y remendado. Se trataba de adquirir otro, y ya se habían tanteado voluntades con bastante buen éxito... Don Cesáreo, el marido de doña Lucrecia, había ofrecido una cantidad considerable, y mayor, si fuere necesaria. Dios era la Suma Bondad y cuidaba de todos, particularmente de los villavejanos, entre los cuales no arraigarían nunca las malas ideas... Ultimamente había caído allí una semillita de cizaña... cosa de nada; pero que, como todo lo malo, fructificaría si no se exterminaba á tiempo: el hijo de un tabernero mal aconsejado; un chilindrín presuntuoso, un tal Maravillas, que con el polvo de las aulas, ó de los garitos, en la ropa, se había echado á predicar entre la gente menuda unas doctrinas endemoniadas, que corrían el peligro de tomar algún arraigo, por lo mis-

mo que no eran entendidas ni del predicador ni de los oyentes. Por eso había que vivir alerta. ¡Semejante mequetrefe, ignorantón y atrevido! Ultimamente andaba empeñado en la obra, que llamaba él redentora, de publicar un periódico, que se imprimiría en la capital, porque allí, en Villavieja, no había imprenta todavía... ¡Tendría que leer lo que dijera ese periódico escrito por un trastuelo que discutiría y pensaba como Maravillas, en una población de tan sanas ideas como Villavieja!

Se habló mucho de esto; se fueron las Escribanas, y entraron, casi unos tras otros, el juez de primera instancia, el abogado Canales, Codillo con sus hijas, el médico don Cirilo, las Corvejonas y algunos notables más de la villa. Apenas se cabía en el testero del estrado donde recibían los señores de Pelechés; y á estas apreturas y al respeto que infundían allí los personajes graves, se debió, para suerte de los de casa, que ni las Corvejonas ni las de Codillo estuvieran en el lleno de sus papeles, como habían estado en los suyos respectivos las Escribanas y Rufita González, y se marcharon pronto.

Cuando se sentaron á la mesa, muy corrida ya la una de la tarde, los de Pelechés, Nieves sentía quebrantos en el cuerpo, como si hubiera rodado por una montaña; y además estaba

medio asustada con las cosas de aquellas mujeres tan parleteras, tan maldicientes y tan feroces. Le aterraba la idea de un trato frecuente con ellas, y pidió por misericordia á su padre que la librara de ese suplicio.

Don Alejandro se reía de buena gana de estos temores de su hija, y la entretuvo mucho explicándole la verdadera substancia de aquellas cosas que la asustaban por no conocerlas tan bien como él. Desmenuzólas convenientemente; separó á un lado lo que en ellas había de malo por resabios de localidad y faltas de verdadera educación, y á otro lo que era sano y noble, honradísimo y muy estimable en el fondo, y demostró á su hija, sin gran esfuerzo, que, cultivando por este lado y con sumo tino y con poca frecuencia el trato de aquellas personas, hasta llegaría á quererlas. De todas suertes, ella había ido á Pelechés para hacer una vida á su gusto, sin agravio ni ofensa de los demás, y esa vida haría allí.

Por la tarde continuaron las visitas, que su-  
bían á Pelechés sudando el quilo, porque aquel día achicharraba el sol. Dígalo la Indiana madre, que se presentó con vestido de terciopelo, el mayor lujo de todos los cofres de la villa, arreglado por cuarta ó quinta vez del que le regaló su Martín al casarse con ella.

Cerca ya del anochecer y cuando en Pele-

ches no se esperaba á nadie, llegaron los Vélez de la Costanilla. Eran tres, lo único que quedaba ya de los Butibambas de Villavieja: un señor don Gonzalo, alto, huesudo y pálido, con la cabeza calva y la cara muy rasurada, tieso corbatín y levita negra muy ceñida, bastante pasada de moda y de uso. Juanita Vélez, doncella cuarentona, larga y enjuta, por el estilo de su padre, lacia de pelo, de buenos ojos y muy regulares facciones, vestida de finas telas, pero muy antiguas; presuntuosamente simple el corte de su atalaje, pero también algo anticuado; y, por último, Manrique, el menor de los Vélez, hermano de Juanita, un giraldón desvaído y soso, con la boca muy grande y los dientes amarillos, mucho pie, largas piernas y bastante nuez. Era abogado por lujo, y por lujo consumía su juventud encerrado en el caserón de la Costanilla, por hábito de tener en poco á las gentes de Villavieja.

Aquella visita fué pesada y melancólica, y además muy molesta para Nieves, que estuvo incesantemente entre las miradas de los dos hermanos: las de Juanita, inquisidoras y mordicantes, y las de Manrique, voraces y hasta desvergonzadas. Se cruzaron pocas palabras entre los tres; y de esas pocas, las de Nieves fueron monosílabos; las de Juanita, impertinencias, y las de Manrique, sandeces. Don Gonza-

lo, que leía *La Epoca*, habló un poco con don Alejandro de las audacias de los partidos extremos y de la decadencia de la aristocracia española por influjo necesario de las nuevas corrientes, de las que no se apartaba lo que debía y á lo cual la obligaban sus gloriosas tradiciones y la altísima misión que le estaba encomendada por la Historia, y hasta por la Providencia divina... Esto le llevó como una seda á trazar un croquis de su vida en aquel centro minúsculo en que bullían y se agitaban, en las debidas proporciones, los mismos instintos malos y las mismas concupiscencias que en las grandes capitales. Á Dios gracias, había logrado conservar hasta la fecha todo su prestigio y en la misma fuerza en que le había heredado de sus mayores. No concebía, en su clase, la vida de otro modo, ni podía acomodarse á ciertas artimañas y componendas con las clases inferiores, como hacían otros... porque así le iba mejor. Era cuestión de dignidad nativa, y no había que disputar sobre ello.

No pensaba en semejante cosa el tuerto Bermúdez, que le escuchaba sin pestañear y bostezando á ratos; y eso que podía jurar que lo de las artimañas y las componendas con las clases inferiores iba con él, porque era rico y del solar de Peleches, y vivía en Sevilla, y tenía negocios y amigos de muchas castas en varias partes, in-

cluso Villavieja; sabía también que los Vélez de la Costanilla le detestaban con cuanto le pertenecía, y que si venían á visitarle entonces era sólo por darse lustre y venderle la fineza; sabía además que el resoplado Vélez, con todos aquellos pujos de idealismo aristocrático, era, so capa, el mayor y más funesto intrigante que había en Villavieja, con excepción del otro, de Carreño, el de la Campada, que allá salía con él en intrigas y en agallas; y sabía, por último, que era relativamente pobre y pobre vanidoso, vivía retraído y envidioso y maldiciente, lo mismo que sus hijos é igual que todos sus fidalgos progenitores. Lejos de pensar en contradecirle en nada el campechano Bermúdez, á todo le dijo «amén» por ser ese el camino más derecho para llegar al fin de la visita, que era lo que más deseaba entonces.

Túvole al sonar las nueve de la noche; y los Vélez de la Costanilla se despidieron y se marcharon con el mismo insípido ceremonial con que se habían presentado en el solar de Peleches.

En cuanto se vió Nieves á solas con su padre, le dijo:

—Creo que estoy mala, papá, y que si vienen más visitas esta noche, me muero.

—Y yo también—respondió don Alejandro, recorriendo el salón á grandes pasos para des-

entumecerse.—Pero no tengas cuidado, que no vendrán; y si vinieran, perderían el viaje y el tiempo, porque voy á dar órdenes para que se cierren las puertas, como si nos hubiéramos muerto ó zambullido ya en la cama... Pero dime antes: de todas las visitas que nos han hecho hoy, ¿cuál te ha parecido la más molesta?

—La última—respondió Nieves sin vacilar. —Ésta de los Vélez. ¡Ay, qué estampas de escaparate! Siquiera las otras...

—Justo, resultan divertidas.

—Eso es.

—Pues aún te faltan otros ejemplares de primera: los Carreños de la Campada, rivales de los Vélez de la Costanilla, que acabas de conocer... y lo que Dios nos tenga destinado, hija mía; porque al paso que vamos hoy, no es fácil adivinar lo que sucederá mañana. De todas suertes, la batalla ha de durar pocos días... Recuerda lo que don Claudio nos dijo.

—Sí; pero ¿y los del pago?

—Esos no te apuren: se toman á nuestra comodidad, ó no se toman... ó se corta por donde convenga; y que arda Troya si es preciso. Á nosotros, ¿qué? Por de pronto, cenaremos para cobrar fuerzas; y con eso y el descanso de la cama, amanecerá Dios mañana y medraremos... ¡Catana! ¡Catana!...

Se presentó la rondeña á los pocos momentos, con una carta en la mano; y mientras se la alargaba á su señor, la dijo éste:

—Que se cierren los portones de la calle y que nos preparen la cena á escape... ¿Quién ha traído esta carta?

—Un mandaero.

—¿Espera la respuesta?

—No, zeñó.

Abrióla don Alejandro, que ya había entrevisto al pendolista en la bastarda algo temblona del sobre; leyó la firma ante todo, y dijo á Nieves:

—De quien yo me presumía por la letra.

—¿De quién, papá?

—Del famoso farmacéutico. Á ver qué se le ocurre al bueno de don Adrián.

«SR. D. ALEJANDRO BERMÚDEZ PELECHES.

»Mi amigo, señor y dueño: hallándome imposibilitado de salir hoy de ésta su casa por la torcedura de un pie (cosa de poca importancia); ausente mi hijo desde que se fué esta mañana á hacer una de las suyas, y no queriendo ser el último de sus buenos amigos en dar á ustedes la bienvenida, se la mando en estos renglones.

»Mientras llega la ocasión de dársela de pa-

labra, tengo un señalado placer en repetirle que soy de usted verdadero amigo y seguro servidor q. s. m. b.,

ADRIÁN PÉREZ. »

—Así habían de hacerse todas las visitas— dijo Nieves,—para que no resultaran pesadas.

—Pues precisamente es la de este perínclito boticario de las pocas, si no la única, que yo hubiera recibido hoy con verdadero placer. Tanto, que mañana mismo he de ir yo á verle.

—¡Ay, papá!—exclamó Nieves alarmada de veras.—¿Y si vienen visitas estando yo sola?

—Ya se elegirá una hora conveniente—respondió su padre para tranquilizarla.—Y á mayor abundamiento, te llevaré conmigo, y tomaremos el aire de paso, y estiraremos los tendones; y si vienen visitas, que vengan; y si se amoscan... mejor... ¡canástoles! ¡Viva la libertad de Peleches!

Y se fueron al comedor, triscando como dos chiquillos después de salir de clase.



VIII

EN EL CASINO

**E**L de Villavieja tenía bien poco que ver y mucho menos que admirar. Esto ya se sabe por referencia de don Claudio Fuertes; pero una cosa es saberlo de oídas, y otra muy diferente verlo con los ojos de la cara; subir por su escalera angosta, entre la tienda de Periquet y el *Bazar del Papagayo*; sentir estremecerse los peldaños desnivelados, debajo de los pies; abocar al vestíbulo mal oliente, obscuro, casi tenebroso de día, con algunas perchas desiguales y una bastonera de listones, larga y estrecha; echarse á la ventura por cualquiera de los dos pasadizos que arrancan de allí, uno á la derecha y otro á la izquierda, con el suelo esponjoso y temblón, de puro viejo, y ver aquí un cuarto lleno de cajones vacíos, de quinqués desvencijados, de montones de periódicos de desecho y de vasi-

jas quebradas; más allá un tabuco con honores de secretaría, conteniendo un estante de pino con papeles y algunos libros de cuentas, cuatro sillas ordinarias y una mesa con tapete verde, cartapacio de badana y escribanía de azófar; un saloncillo después con una mesa larga con media docena de periódicos encima y buen número de sillas alrededor, un armariote entre dos huecos de la pared con algunos libros maltratados y varias colecciones de la *Gaceta*, un reló de caja en un testero, y en el de enfrente un calendario debajo de un gran anuncio encuadrado de los chocolates de Matías López, y dos quinqués, con reflectores de latón, colgados del techo sobre la mesa. Todo aquello era el «gabinete de lectura». Frontero á él, es decir, en el otro extremo del corredor y con luces á la plaza, el gran salón: la mejor pieza del Casino; salón de tertulia, de tresillo, de billar y de café al mismo tiempo, y de baile cuando llegaba el caso. Entonces se arrimaban á la pared las sillas de paja y las cuatro butacas descoyuntadas y bisuntas que ordinariamente andaban de acá para allá al capricho de los desocupados; se amontonaban las mesitas y los veladores en el cuarto obscuro ya conocido, y en la *leonera* y otro cuarto más por el estilo, que había á su lado, ó en la cocina, y se convertía la mesa de billar en mesa de ambigú vistosa-

mente adornada, en la cual se destacaban y lucían mucho las pilas de azucarillos y las bebidas refrigerantes en la cristalería de Periquet; se encendían las dos docenas de velas correspondientes á otras tantas palomillas de quita y pon que había á lo largo de las paredes y en cada cara de los dos pies derechos del medio; y con esto y unas colgaduras de tul de tres colores en las puertas, y unas guirnaldas de flores contrahechas, serpeando poste arriba en los dos mencionados, y con quemarse allí unas pastillas del Serrallo, ó medio real de alhucema, resultaba el salón muy oriental y hasta espléndido, en opinión de los más descontentadizos y exigentes villavejanos.

La mesa de billar, por razón de la luz que necesitaban de día los jugadores, estaba en una de las cabeceras del salón, cerca de uno de los tres balcones que daban á la plaza. Los tresillistas, por alejarse todo lo posible del ruido que de ordinario se hacía en la mesa y alrededor de ella, entre jugadores, choque de bolas, cántico del pinche, matraqueo del bombo, que era de hojalata, y comentarios y disputas de mirones y tertulianos, ocupaban la cabecera opuesta, á más de treinta pasos de distancia, porque el salón era enorme. Tenía el servicio de la casa, desde tiempo inmemorial, ajustado á una tarifa votada en junta general de socios,

con asistencia del contratista, un cafetero establecido en la calle trasera, en un local de muy mala traza; pero, según fama, cumplía bien sus compromisos, y hasta gozaban de mucho crédito sus géneros, su diligencia, y particularmente sus limonadas en la estación de verano.

Y no había otra cosa digna de mencionarse en el Casino de Villavieja.

Aquella tarde, ó más bien, aquel anochecer, había, como de costumbre á tales horas, poca gente en el gran salón. En las mesas de tresillo, nadie; en los veladores inmediatos, lo mismo; en el sofá de gutapercha jironeada y en las cuatro butacas contiguas á él, Maravillas y dos «chicos de la redacción», hablando ú oyendo leer, muy por lo bajo, á uno de ellos unos papelucos. Cerca de la mesa de billar, tomando café arrimados á un velador, el fiscal y dos amigos; y jugando *chapó*, con el estrépito de siempre, el ayudante de Marina y Leto Pérez el farmacéutico: el primero sin corbata y con el cuello y el chaleco desabotonados; el segundo lo mismo, y además en mangas de camisa; licencias muy justificadas en aquella ocasión, porque tal era el calor que hacía, que «se asaban los pájaros», al decir del hijo del boticario sin apartarse mucho de lo cierto.

Á pesar de este calor y de la peste que daban los dos reverberos de petróleo colgados

sobre la mesa recientemente encendidos, aunque á media luz todavía por recomendación del conserje, muy encarecida al muchacho que apuntaba; á pesar de esto, y de llevar más de dos horas jugando, ni el ayudante ni Leto mostraban señales de cansancio. Particularmente Leto, parecía endurecerse y animarse con la pesadumbre del calor y los esfuerzos de la brega. Le faltaba tiempo para todo: apenas se detenía su bola, largaba el tacazo y tomaba la contraria casi al vuelo; agarrado á la baranda, veía correr las tres, porque á no estar en mano una de ellas, á las tres ponía en movimiento disparatado, y las seguía y arreaba con los ojos; y como siempre *hacía* algo, cuando no lo hacía todo, palos, carambola, pérdida y dos billas, con un estruendo espantoso (porque el paño tenía heridas y recosidos, y las bolas desconchados, y sonaban sobre el tablero como si llevaran clavos de resalto), las sacaba de las troneras y plantaba los palos antes que el pinche acabara de cantar el golpe. Al ayudante le daba siete tantos y la salida, si la quería; y así y todo le llevaba de calle, porque no había defensa posible contra un modo de jugar como el de Leto. Y cuidado que el ayudante jugaba bien; pero como no lograra pegar al otro á la baranda, cosa perdida. Con una cuarta de taco que pudiera meter en la mesa el farmacéutico,

golpe hecho por donde menos podía esperarse. Para una fuerza inicial como llevaba su bola, no había nada seguro en la mesa, ni en las intermediaciones las más de las veces. El ayudante desfogaba sus contrariedades llamándole San Bruno, y chiripero, y leñador y otras cosas parecidas. Leto le concedía que le salía bastante más de lo que tiraba; pero no que estuvieran bien aplicados los calificativos aquellos. Y sobre eso porfiaban á cada instante y apelaban al juicio de los mirones, ¡y daba Leto cada carcajada y decía cada cosa!...

Porque aunque todo lo tomaba con calor, rara vez se incomodaba. Tenía eso de bueno, por de pronto; amén de la estampa, que no era mala por ningún lado que se la mirase. Al contrario, reparando mucho en ella y sabiendo mirar, había momentos en que resultaba hasta hermosa. Leto era fornido, sin ser basto ni mucho menos; ágil y bien destrabado de miembros, de mirar noble é inteligente, sano color y correctas facciones; la barba, de un matiz castaño obscuro, nutrida, suave y bien puesta; el pelo semejante á la barba; los dientes sanos y blanquísimos; la boca no grande y fresca, y el cuello, que entonces estaba al descubierto, limpio, blanco y redondo como una pieza de mármol. Pues siendo así al pormenor, sólo en determinados momentos, como se ha dicho,

resultaba, en conjunto, hermoso en el sentido estético de la palabra. La razón de este contrasentido, que pocos trataban de investigar (uno de ellos don Claudio Fuertes, que tan conocido le tenía, y, sin embargo, se le pintó á don Alejandro de la manera indecisa que se vió en su carta), la hallaría un fisiólogo de tres al cuarto con sólo reparar cómo jugaba y discutía y razonaba y se conducía en todo, con relación á los que le oían ó le miraban, el hijo de don Adrián Pérez, y la irá conociendo el lector según le vaya tratando.

El caso es, á la presente, que Leto llevaba de calle al ayudante; que el ayudante se picaba; que Leto se defendía á su manera; que el fiscal y sus colaterales les embrollaban el pleito para enzarzarlos más en él; que el pinche dió una vuelta á los tornillos de los reverberos, porque ya no se veía lo necesario para jugar la última mesa comenzada del último partido; y que en este estado de cosas se marcharon los dos amigos de Maravillas; se sentó éste junto al velador más próximo al billar por el lado de *cabaña*, y, «variando de conversación», preguntó el fiscal al mozo farmacéutico que engredaba la suela de su taco en aquel instante, después de haberse limpiado el sudor de la frente con una manga de su camisa, si había ido á visitar al *Macedonio*.

—Y ¿quién es el Macedonio?—preguntó á su vez Leto candorosamente.

—Me parece que bien claro está—replicó el otro muy serio.—El señor de Bermúdez Pelechés.

—No veo yo esa claridad...

—Hombre—añadió el fiscal repantigándose en su silla y metiendo los pulgares por las sisas del chaleco:—un Alejandro que tiene por hermanos á un Héctor y un Aquiles, no puede ni debe ser otro de menor talla que el de Macedonia, el *Magno*, que llamamos la Historia y yo. Además, según mis noticias, es tuerto como su ilustre padre, el jumista Filipino. Otro rasgo de familia...

Se celebró mucho la ocurrencia por todos los presentes, incluso Maravillas, que por aquella vez no usó la sonrisita á que le obligaba de continuo su papel de librepensador propagandista; por todos, menos por Leto, que se quedó mirando de hito en hito al fiscal... hasta que de pronto soltó una carcajada.

—¡Carape!—exclamó en seguida,—que está de molde el apodo.

—Gracias, muchacho—dijo muy serio el fiscal.

—Vamos, que quedará como otros muchos.

—No lo dije por tanto; y hasta lo sentiría, porque tengo los mejores antecedentes de ese

caballero, y en especial, de su hija. Dicen que es cosa excelente... Pero ¿en qué quedamos? ¿ha ido usted ó no ha ido á verlos?

—¡Yol... ¡á qué santo?

—Al santo de que ha ido media Villavieja... ¡Canario, cómo se conoce que tienen guita larga!

—Pues mire usted... (Allá va eso, ayudante... Vaya usted contando: la carrerita del medio, carambola y billa... Aguarde usted, que también el mingo se va á colar... ¡Se coló!... Dos y seis, ocho; y seis, catorce. Apunta, muchacho.) Pues iba á decir que, sin que yo tenga personalmente nada que ver con ellos, ni los conozca siquiera más que de oídas, es lo cierto también que, por una casualidad, no estuve ayer en Pelechés de punta en blanco, y que por poco más de lo mismo, no he subido hoy allá.

—¡No le dije yo? Á ver eso, hombre.

—Y ¿qué ha de verse? Lo que le dije al principio: que nada tengo que hacer en Pelechés, y que por eso no he ido.

—Como decía usted que por una casualidad...

—(Apunta eso más, muchacho... y no se que me, ayudante. Ya sabe que soy un segador chiripero.) Lo decía por mi padre.

—Ahora lo entiendo menos.

—Mi padre es muy amigo de don Alejandro

desde que éste andaba por acá. Ayer se torció un pie.

—¿Quién? ¿don Alejandro?

—No, señor: mi padre.

—Corriente.

—Torciéndose un pie... poca cosa... ya está casi bien. ¡De maestro, señor ayudante, de maestro! Pérdida con tres palos, y cubierto yo; y además pegado como una ostra... ¡Carapel... Vamos, un tanto más para usted...) Pues torciéndose un pie mi padre en un hoyo de la botica, no pudo subir ayer á Pelechés á saludar á ese señor; y no pudiendo subir, le escribió una esquelita á última hora de la tarde, al ver que yo no volvía.

—¿De dónde?

—De voltejear por afuera. Porque él había pensado que hiciera yo la visita en su lugar... (Otro golpe bueno, ayudante. Á ese paso, me la lleva usted. Pero ya nos veremos un poco más allá. Estamos veinticuatro por diez y ocho... ¿no es así? Me faltan doce... cuestión de un golpe ó dos... ¡Ajá!... Apúntame esos cinco tantos por de pronto.) Al volver ya de noche, me lo contó mi padre con lo de la torcedura, que ocurrió después de salir yo de casa donde le dejé arreglándose para subir.

—¿Adónde?

—Á Pelechés... ¡Y quería que yo le acom-

pañara!... Como ha querido hoy que subiera á decirles que todavía continuaba él sin poder salir de la botica...

—Y bien querido.

—¡Quite usted allá, hombre!... ¡Pues soy yo á propósito para esas embajadas y esos!... Todavía ayer, si hubiera estado en casa, por complacer á mi padre y no tener disculpa de fuste para lo contrario... ¡pero hoy, estando él ya para subir de un momento á otro, y después de la carta de anoche!... (¡Carapel!... se me pasó la bola... Vaya otro respirito más para la agonía de usted, ayudante.)

—Pero ¿por qué se resiste usted tanto á complacer á su padre en un asunto tan hacedero y llano y hasta gustoso?

—Por demás lo sabe usted, fiscal: porque no sirvo yo para esas cosas... vamos, que me pego á la pared lo mismo que un animalejo.

—Pamemas. Diga usted que le gusta lo cómodo, y acabemos...

—Que es la pura verdad, hombre: que soy así.

—Para lo que le conviene.

—¡Lo mismo que Dios está en los cielos!

Esto lo dijo Leto preparándose á jugar por la baranda de arriba; y al oirlo Maravillas, le soltó desde enfrente una sonrisita de las más acentuadas de las suyas. Leto la pescó en el

aire, y casi se sintió mortificado; pero estaba más atento que á esas cosas, á la jugada que acababa de prepararle un descuido de su contrario.

—Así se los ponían á Fernando séptimo—dijo el fiscal, repitiendo una frase tradicional en los billares, en idénticos casos; es decir, cuando queda la bola contraria entre la del jugador y los palos y en línea recta, para *fusilar*.

—¿Se tira esto?—preguntó Leto al ayudante repitiendo otra frase de billar.

—Y con mucho cuidado—contestó el ayudante, dándose por muerto.

—Pues allá va.

Se oyó un estrépito formidable; y no quedó nada, lo que se llama nada, sobre la mesa, porque los cinco palos fueron á estrellarse en la cara de Maravillas; la bola de Leto saltó tras ellos con diferente rumbo, por suerte de Tinito el sabio; y las otras dos, por haber chocado la del ayudante con el mingo que estaba en cabaña, desaparecieron en las troneras, después de rebotar unos instantes de baranda en baranda, como si las persiguieran centellas.

Maravillas se quedó como espantado y sin maldita la gana de sonreirse; Leto aseguraba que lo había hecho sin intención, pero con trazas de darlo por bien hecho á poco que lo pusiera en duda el apaleado; el ayudante pedía

que se le apuntara el golpe á él porque la bola que saltó había sido la de Leto, y los demás coreaban la porfía como lo reclamaba la pintoresca situación... De pronto callaron tiryos y troyanos, y se vió á los jugadores arrojar los tacos, abotonarse apresuradamente camisas y chalecos, volverse Leto de espaldas, recoger de encima de una banqueta su americana, y, muy acelerado, embutir el cuerpo en ella.

Porque es el caso que acababan de aparecer en el salón el comandante don Claudio Fuertes y otras dos personas que, por todas las señales, debían ser don Alejandro Bermúdez y Nieves, ó, como dijo á sus colaterales el fiscal, después del primer vistazo á los forasteros y en su manía de poner motes á todo bicho viviente, «el Macedonio con la más guapa de las hijas de Darío».

Por todo arreo llevaba Nieves una túnica lisa de color de barquillo, muy ajustada al airoso talle, y un sombrerito de paja del tono del vestido, de los guantes y de la sombrilla; y por todo adorno del traje, dos toques ó *notas* verde mar: una en el sombrero y otra en la cintura. Calcúlese el relieve que adquiriría aquella figura tan esbelta, tan fina, tan pulcra y tan elegante, sobre los fondos sucios y denegridos del gran salón del Casino de Villavieja.

Don Claudio avanzó con sus acompañados

hasta la mesa de billar, y les fué presentando uno á uno, todos sus amigos agrupados allí.

Cuando le tocó el turno á Leto, don Alejandro le dió un fortísimo apretón de manos, y Nieves, mirándole con gran interés, le aseguró que tenía grandísimo gusto en conocerle. Leto, con la lengua trabada y las mejillas ardiendo, pensó que le daba algo.

—Hemos estado en la botica—le dijo Bermúdez,—donde he tenido el placer de abrazar á mi buen amigo don Adrián, y nos ha hablado largamente de usted. Por eso, y por ser hijo de quien es, nos alegramos tanto de hallarle aquí. Además, yo le conocí á usted así de chiquitín. ¡Canástoles con el estirón que ha dado desde entonces acá!

Hablando, hablando, se supo que el padre y la hija habían salido de Peleches á las seis de la tarde y bajado por la Costanilla. Habían entrado en la Colegiata, donde Nieves, después de rezar sus devociones, había visto cuanto era digno de verse y la fué enseñando don Ventura, con su paciencia y amabilidad acostumbradas. Después habían entrado en la botica. Allí descansaron y hablaron largamente. Al disponerse para salir, llegó don Claudio que había ido á buscarlos á Peleches media hora antes, creyendo hallarlos en casa todavía. Desde la botica, y como ya el calor no moles-

taba mucho, se fueron los tres hacia el muelle, y luego por la Campada... y por la Ceca y la Meca. Viniendo ya cerca de la plaza, de vuelta para Peleches y muy sediento don Alejandro, recomendó don Claudio las limonadas del Casino; y por eso y porque Nieves conociera el gran salón, de tan buenos recuerdos para él, habían subido.

Conque se dispusieron convenientemente dos ó tres veladores lo más lejos que se pudo de los reverberos del billar que apestaban á petróleo; se pidió perdón á Nieves porque no olieran á cosa mejor, y se sentaron todos «en dulce amor y compañía», devorando á Nieves con los ojos los dos abogadillos; no sabiendo Leto Pérez dónde fijar los suyos con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes á aquel señor que, aunque tuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.

